

## **¿DÓNDE ESTÁS, GRATUIDAD, DÓNDE ESTÁS?**

Es muy propio del ser humano inmaduro actuar en base a estímulos externos. Me aman, amo. Me dan, doy. Me aprecian, me siento eufórico. Me critican, me vengo abajo y despotrico. Así, se torna imposible salir del círculo de la violencia, de los intereses personales. Hasta la misma justicia se presenta irrealizable.

Esto no es nuevo. Es la antigua y terrible ley del talión. Ojo por ojo y diente por diente. Que, a fin de cuentas, tenía su sentido y hasta su justicia: la venganza no podía sobrepasar en el daño a la injuria y al mal recibidos.

Ahora bien, para madurar y crecer como personas es imprescindible actuar desde motivaciones internas. Es preciso adquirir un código de valores internos, propios, personalizados e irrenunciables. Sólo así uno llega a ser él mismo. No es que haya que situarse por encima del bien y del mal. Pero sí es imperativo el sentir y actuar, el amar y hacer el bien, más allá y hasta al margen de lo que se nos hace.

Esto se llama gratuidad. Un refrán español muy breve lo expresa acertadamente: “haz el bien sin mirar a quien”. Algún psicólogo, marxista por cierto y en cuanto yo sé nunca convertido al cristianismo, afirmaba que quien no era capaz de amar a todos y a todo, era incapaz de amar a nadie (Erich Fromm en El Arte de Amar). No le falta razón. El desamor siempre termina en la misma dirección: hacerse indiferente u odiar a aquellos de quienes no se recibe recompensa o gratificación.

Pero mucho antes, Jesucristo había hablado del amor a los enemigos. ¿Será posible? ¿No era Jesús un soñador que vivía en otro mundo? Pues no. Lo que ocurre es que Jesús, el hombre de Nazaret, entendió y vivió la auténtica y verdadera grandeza del ser humano. Es grande cuando vive, da, se ofrece e incluso muere por aquellos que no le pueden ofrecer nada a cambio.

Nuestra sociedad se apoya en la ganancia y el bienestar. Como norma, a lo sumo llegamos a la justicia conmutativa. “Do ut des”, decían los latinos. Doy para que me des. Pero así nunca habrá ni verdadera justicia, ni, por consiguiente, paz. Y seguiremos creando un mundo roto que hace infeliz a todos. El mundo de la gran indigencia para mayorías y de la opulencia de unos pocos tan insensibles como, en el fondo, estúpidos.

Incluso en el mundo de la economía y de las finanzas, nunca habrá justicia si no se introduce la gratuidad. Pero vete a contárselo a los halcones de la gran Banca Universal. Sin embargo, deben saberlo. Ellos han generado la crisis actual. Y seguirán –y seguiremos- generando otras mientras no aprendan y aprendamos un poquito de gratuidad. “Amad a vuestros enemigos”. Da diez a quien te pide cinco. Es el único camino.

JOSÉ MARÍA YAGÜE